

«El hombre es un ser narrador
porque es un ser en realización»
Papa Francisco¹

CUESTIÓN DE AMOR

P. Juan Pablo Roldán, CSsR

Creímos que la cuarentena iba a ser solo por un tiempo y que, pasadas unas semanas, íbamos a poder retornar a aquellas actividades que veníamos haciendo. Sin embargo, vemos que a medida que pasan los días todo se prolonga, y que nadie nos puede asegurar factiblemente, cuándo esta situación vaya a terminar. Advertimos cómo se esfuman y evaporan los proyectos que teníamos al principio, y nos preguntamos: ¿los podremos llevar adelante? ¿Los suspendemos? ¿Los postergamos? ¿Para qué fecha?

Esto lleva a dar cuenta de que no podemos seguir con «piloto automático», que es hora de parar y reflexionar seria y serenamente acerca de nuestra vida. ¡Es bueno que, en el mejor de los casos, nos podamos replantear cómo estamos y cómo queremos continuar!

Estos tiempos, como lo hemos manifestado en escritos anteriores, nos piden mucha lucidez y audacia para ahondar en nuestra vocación, para ofrecer respuestas evangélicas y resignificar aquellos espacios donde nos encontramos. Sin lugar a dudas, todo esto lo podemos concretar si pasamos largo rato a solas con el Padre, como lo hacía Jesús; si invocamos al Espíritu Santo como lo ha hecho la primera comunidad cristiana (cf. Hech 2,1-4).

Nos tenemos que preparar para afrontar tiempos nuevos. Después del Covid-19, nada será igual.

Como vida consagrada, es bueno que observemos el presente con una mirada de fe. No nos es lícito anclarnos en la añoranza, persistir en la queja, ni evadirnos de la realidad. Es cierto que el virus apareció imprevistamente y como un intruso se nos ha colado por las hendidias más recónditas de la existencia. Hoy, este «bicho» no nos pasa desapercibido, ya que todos hablan de él. Pero, así como nos ha acercado dolores, desencuentros, desavenencias, y toda clase de muertes, también nos ha arrimado muchas cosas positivas.

En honor a la verdad, es bueno que podamos mencionar y reconocer todas las bendiciones y oportunidades que esta pandemia nos trajo, como son: *el tiempo, el compartir,*

¹ PAPA FRANCISCO. Mensaje para la 54 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales. (Roma, 24/01/2020).

las sobremesas distendidas, los nuevos aprendizajes digitales, la capacidad de disfrutar más y planificar menos, la solidaridad con los más pobres y excluidos, entre otras.

El tiempo. Ninguno de nosotros hoy puede decir: «no tengo o me falta tiempo». Este bienpreciado lo estamos valorando y disfrutando más que nunca. Nos damos cuenta que es un valioso capital que nos permite saborear tres «s»: *silencio, soledad y sencillez.*

Silencio. No como ausencia de ruidos, sino como encuentro profundo con el misterio que nos habita. Encarnar esta actitud, nos posibilita agudizar la escucha, prestar atención a lo que verdaderamente es importante, para ensanchar el corazón y decir como María: «hagan todo lo que Él les diga» (cf. Jn 2,5).

Soledad. Como la capacidad de «estar en nosotros» y habitar nuestra propia casa. De este modo, podemos concretar el deseo de pasar más tiempo con el Señor, de estar a sus pies y escucharlo (cf. Lc 10,39); de recuperar los buenos hábitos de la adoración al Santísimo, el rezo del santo rosario y la lectura atenta de la Palabra. La vivencia de la soledad nos invita a renovar nuestra vocación de discípulos y discípulas del Maestro, abrazando el seguimiento como norma y regla suprema².

Sencillez. El hecho de que en la realidad tengamos más tiempo, nos ayuda a despojar nuestra vida de lo superfluo, a abrazar la pobreza como opción fundamental y a desterrar las ambiciones estériles que nos suministra el consumismo.

Compartir. En este tiempo de confinamiento social, todos nos hemos sentido desafiados a incursionar en nuevas actividades, afrontar diversas tareas, y a pulir o mejorar aquellas que ya veníamos haciendo. Es una época en la que nos sentimos convocados a desplegar nuestros dones, compartir nuestras capacidades y a incorporar nuevos conocimientos. Este tiempo se nos manifiesta para honrar el presente, para hacer todo lo que alguna vez habíamos dejado inconcluso o, aún, teníamos pendiente.

Sobremesas distendidas. La comida es un ritual humano, de convivencia y de un gran fundamento bíblico. Las mesas son el lugar de la llamada (cf. Mt 9,9), de la convocatoria (cf. Lc 19,5), del encuentro (cf. Lc 24,30), de la fiesta (Lc 15, 23) y de la redención (cf. Jn 13,12-15). Hoy, nuestras mesas se pueden convertir también en cualquiera de estos lugares. El hecho de no correr y estar libre de apuros, nos puede conferir un crecimiento cualitativo en nuestro compartir, generando así verdaderos y profundos encuentros. A Dios gracias, los religiosos tenemos comida que llevar a nuestras mesas, no nos preocupamos por eso. De la misma manera, nos podemos nutrir con el alimento sustancioso de la fraternidad, la distensión

² CONCILIO VATICANO II, Decreto *Perfectae caritatis*, 2a.

y las conversaciones edificantes acerca de nuestras vivencias personales, de fe, e incluso, de apostolados. Causa mucha tristeza cuando en la comunidad, aprovechamos el ámbito de las mesas para sacarnos facturas, recriminarnos cuestiones pasadas o, simplemente, respondemos mensajes de *whatsapp*, cobijándonos detrás de la pantalla de un celular.

Los nuevos aprendizajes digitales. La cancelación de reuniones, viajes y demás cuestiones que teníamos programadas por trabajo o apostolado, nos impulsaron a buscar nuevos medios y a tornarnos creativos en dichos encuentros. Lo digital, como las videollamadas o videoconferencias, nos han ayudado a cortar distancias. Las aplicaciones de *Skype, Zoom, Jitsi, Google Meet*, entre otras, nos abrieron a un nuevo paradigma y a una forma inédita de encuentro. Por supuesto que ninguna de estas aplicaciones reemplaza la riqueza del abrazo y el contacto cara a cara, pero nos recuerdan que el encuentro y lo humano en sí, son lo más importantes.

La capacidad de disfrutar más y planificar menos. No sabemos cuándo terminará el confinamiento, ni el día en que podamos salir «normalmente» a la calle; o la fecha que nos permitan acudir normalmente a los distintos establecimientos. Pero sí sabemos que contamos con el presente y que podemos hacer de él, un verdadero «regalo» para nosotros y nuestros hermanos y hermanas con quienes compartimos la misma comunidad. Sabemos que muchas personas, en este tiempo, sostienen que no es lícito vivir de cualquier manera ni a costa de algún precio, que prefieren salir y asumir todos los riesgos que eso implica. Pero debemos afirmar que la vida es un don y es nuestra obligación cuidarla; es nuestro deber cuidarnos y cuidar de los otros. Por eso, decimos que es fundamental recurrir a la libertad interior, esa que nos permite asumir un adecuado valor de actitud, tal como lo planteaba el Dr Viktor Frankl:

«Los sobrevivientes de los campos aún recordamos a los hombres que iban a los barracones a consolar a los demás, ofreciéndoles su único mendrugo de pan. Quizá no fueron muchos, pero esos pocos son una muestra irrefutable de que al hombre se le puede arrebatar todo, salvo una cosa: *la libertad humana -la libre elección de la acción personal ante las circunstancias- para elegir el propio camino*»³.

La libertad a la que apelamos los consagrados es la que nos regala Cristo por medio del Espíritu Santo (cf. Gal 5,1), que nos hace llamar a Dios Padre y nos permite vivir con alegría y con un gozo inefable en el corazón (cf. Jn. 15,11).

La solidaridad con los más pobres y excluidos. Los pobres, hoy nos evangelizan más que nunca. Es increíble constatar la solidaridad que viven muchos de nuestros hermanos, en

³ VIKTOR FRANKL, *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona 2015, p. 95.

barrios marginales y periféricos de las grandes ciudades. Ellos se organizan, se reúnen y gestionan los pocos recursos que tienen. De este modo, se han originado ollas, se han multiplicado comedores y merenderos en los distintos barrios. Los consagrados, nos sentimos interpelados y desafiados por todos estos gestos nobles y solidarios que vive la gente. ¿Qué esperan de nosotros? ¿Qué nos piden? Nos piden tan solo presencia. Pero no cualquiera, sino una presencia serena: que *escuche*, genere *encuentro* y aliente en la *esperanza*.

Los consagrados y consagradas, tenemos en nuestras manos la posibilidad de salir crecidos y fortalecidos con todo esto que vamos viviendo. Se nos presenta en bandeja la gran oportunidad de crecer en el amor. La existencia es una cuestión de afecto; la creación, la llamada, el seguimiento, la vocación y la realidad, son lugares donde podemos constatar el paso de Dios en nuestras vidas, y donde podemos seguir creciendo en gestos y actitudes de ternura, compasión y misericordia, al modo de Jesús.

La vida es una cuestión de amor; y estos tiempos nos pueden ayudar a redescubrirlo.

En lugar de un punto final, coloquemos una «coma» a la existencia, porque la vida -a pesar de la cuarentena- sigue.

ORACIÓN del papa Francisco

Oh María, mujer y madre, tú tejiste en tu seno la Palabra divina, tú narraste con tu vida las obras magníficas de Dios. Escucha nuestras historias, guárdalas en tu corazón y haz tuyas esas historias que nadie quiere escuchar. Enséñanos a reconocer el hilo bueno que guía la historia. Mira el cúmulo de nudos en que se ha enredado nuestra vida, paralizando nuestra memoria. Tus manos delicadas pueden deshacer cualquier nudo. Mujer del Espíritu, madre de la confianza, inspíranos también a nosotros. Ayúdanos a construir historias de paz, historias de futuro. Y muéstranos el camino para recorrerlas juntos.

(Papa Francisco, Mensaje para la 54 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales. Roma, 24 de enero de 2020).